REPROCHES AL TÍMIDO

Usted no sabe, Gerardo, lo que su nombre y su obra representaban para mis quince años. Tratar de explicárselo sería largo, confuso y, probablemente, pudiera parecerle hasta ridículo. Un día me fué posible conocer, personalmente, a mi ídolo. Era a finales del 37. Usted llegó precedido de un poema publicado en *Occidente:* "¿El aire? No. Aún no existe. / Nadie lo ha visto. Nadie. / Trepan ramas las hojas / sedientas a buscarle." Para mí significaba aquello algo muy importante: que un poema suyo, libre, reciente, aún no enjaulado para la eternidad en un libro, anunciaba que la poesía proseguía.

Le vi en una conferencia. Hablaba usted de música española y Cubiles la ilustraba al piano. (¿Recuerdas? Cubiles llegó tarde, de uniforme, cosa que gustó poco, a pesar de la guerra.) Terminado el acto nos presentamos ante usted José Luis Hidalgo y yo. Quedamos en que le llevaríamos unos versos nuestros. Usted nos dió el soneto a Beethoven, mecanografiado y con correcciones. José Luis marchó al frente y quedé yo solo en Santander, comisionado para hacerle la entrega de nuestros papeles.

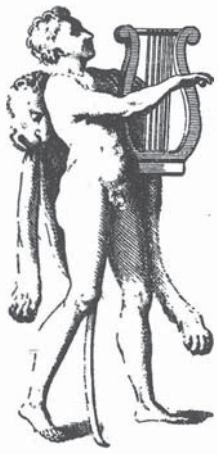
Entré solo en su habitación de la poesía y la música, que dominaba la bahía. Le entregué la colección de poesía cuidadosamente ilustrada, encuadernada, para darle una apariencia "decente". Prometió leerla y dar su opinión. Supongo que estaríamos un rato sin hablar, aunque recuerdo también que usted me contó cosas de aquellos poetas de su antología, que a partir de aquel momento comenzaron a tener realidad humana para mí. Recuerdo sobre todo su preocupación por Vicente Aleixandre. Probablemente tenía usted necesidad de quedarse solo. Pero usted es un tímido, un maldito tímido, y en vez de decirme que me fuera me dijo que preparaba una conferencia sobre el agua en la música. "¿Quieres escuchar alguna de las obras que preparo?" Y yo, extasiado, dije que sí. Era como ver abrirse las puertas del paraíso.

No contábamos con Listz. Los *Juegos de agua en la Villa del Este* le obligaban a detener la ejecución para pasar la hoja. Yo, a cuatro metros de usted, frente al Cossío de 1930, vacilando entre acercarme a pasarle la hoja o quedarme sentado permitiéndole seguir tocando a saltos. Ya no pude oír ni *La Ondina,* ni la *Catedral Sumergida* ni nada. Fué una tortura que no tenía fin.

¿Por qué se me ocurriría volver a conocer su opinión? Fué uno de esos días en que su barómetro baja hacia el hermetismo. Me dijo algo halagador. Cuando me despedía, me devolvió el libro. ¿Se da usted cuen-

ta, tímido del demonio, lo que hizo? Era para usted, un libro meditado, pensado, mimado, un ejemplar único en el que habíamos puesto todo nuestro afán. Dedicado con todo cuidado, para que no pareciera que, al dedicárselo, le hacíamos un honor. Y cuando usted me lo devolvió, creí comprender que era una vanidad nuestra regalarle una cosa de tan poco valor. Y me volví con el libro en la mano.

Le contaría muchas cosas semejantes. Pero hay una cuyo secreto desconoce. Hacia 1942, un día, en la Estación del Norte. Yo estaba en la ventanilla, sin nadie que me fuera a despedir. Usted, en el andén, también solo. "¿Vas a Santander?", me preguntó. Y yo le contesté que sí, porque era la verdad. Faltaba más de un cuarto de hora para salir el tren. ¿Por qué no me dijo que bajara a charlar? En vez de eso, escondió la cabeza bajo el ala, y me dijo vagamente: "Luego nos veremos en el tren. Yo también voy allá." Seguramente usted tenía ganas de matar el tiempo mientras paseaba por el andén. Seguramente usted hubiera agradecido que yo le dijese que iba a hacerle compañía. ¿Por qué no me dijo que bajara al andén para darme la oportunidad de decirle que yo no podía, que iba conducido por la guardia civil?



JOSÉ HIERRO